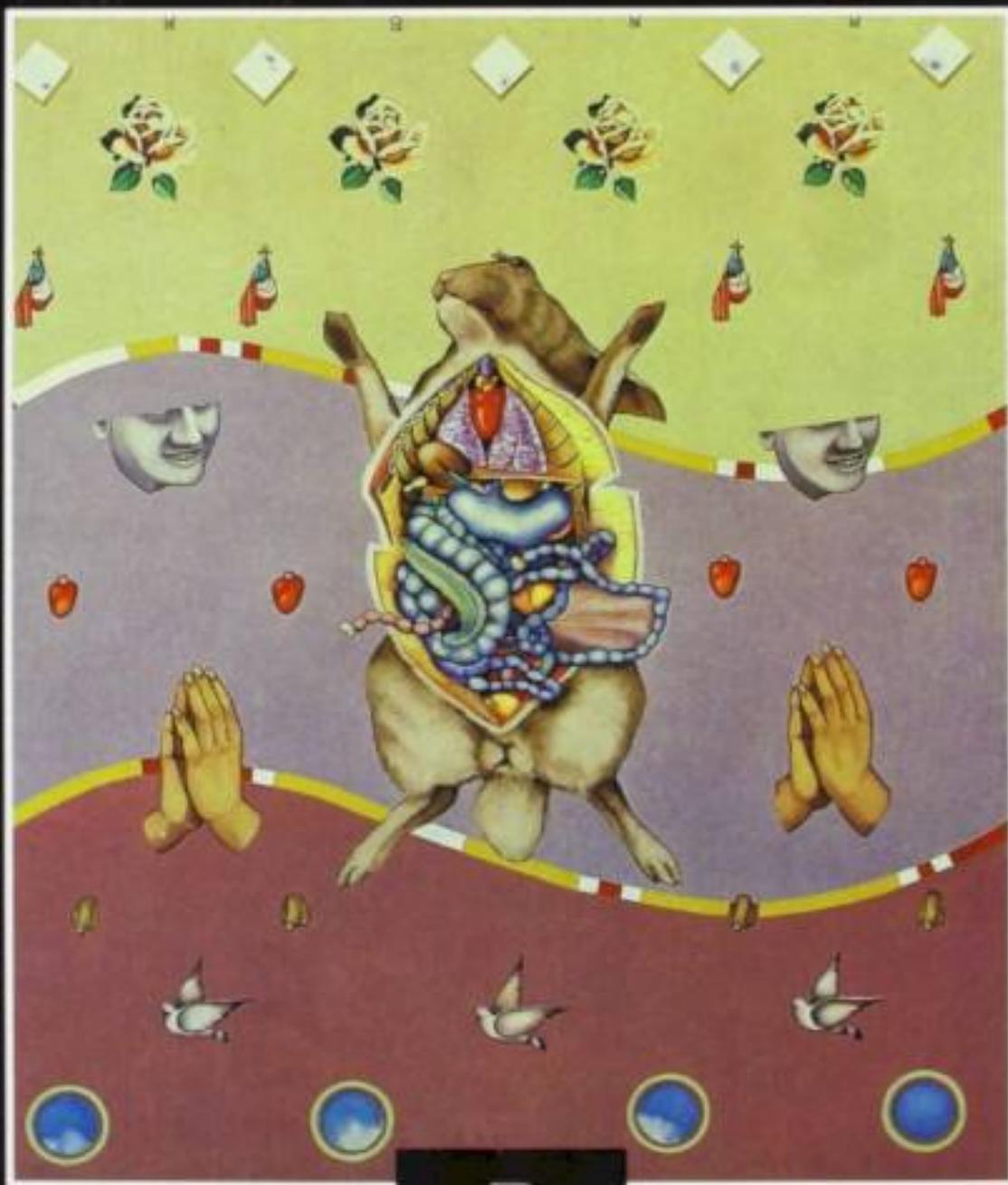


# Reinaldo Arenas

## EL PALACIO DE LAS BLANQUÍSIMAS MOFETAS



Aunque Arenas se mueva con comodidad en los espacios míticos y los tiempos fuera del tiempo, podemos reconocer fácilmente en esta novela la Cuba de la dictadura de Batista, y su atmósfera casi surrealista, en la que la muerte y la vida –los vivos y los muertos– se entrecruzan con barroca indiferencia. En *El palacio de las blanquísimas mofetas* asistimos a la tragicómica peripecia vital de la familia de Fortunato. Este, cansado del interminable rosario de historias de amor de triste final, de vidas señaladas por la frustración y el vacío –cuando no por la simple locura– decide un día jugarse el todo por el todo y unirse a los rebeldes de Sierra Maestra. Como en el resto de sus libros, también en este el riquísimo e imaginativo lenguaje del autor nos sorprende una y otra vez por su inagotable vitalidad y el mágico poder evocador de sus imágenes.

## Índice de contenido

Primera parte: Prólogo y epílogo

1 La mosca

Segunda parte: Hablan las criaturas de queja

Primera agonía

Segunda agonía

Tercera agonía

Cuarta agonía

Quinta agonía

2 La mosca

Tercera parte: Función

Sexta, agonía

3 La mosca

Sobre el autor

Notas

Para Rita Molinero,  
con amistad y agradecimiento.

A Tomás Fernández Robaina y  
Paco Chavarri, empleados  
(entonces) de la Biblioteca  
Nacional, gracias a quienes  
pude consultar las revistas y  
periódicos aquí citados

# **Primera parte: Prólogo y epílogo**

La muerte está ahí en el patio, jugando con el aro de una bicicleta. En un tiempo esa bicicleta fue mía. En un tiempo eso que ahora no es más que un aro sin llanta fue una bicicleta nueva.

Y yo me paseaba en ella por toda la calle de la loma colorada.

Y yo me despetroncaba en la bicicleta.

Y las rodillas se me llenaban de ñañas.

Y yo me tapaba las rodillas para que nadie me las viera. Las tapaba con fango para que la gente creyera que lo que tenía era churro y no ñañas. En un tiempo esa bicicleta tenía las dos ruedas y todos los muchachos del barrio querían montarla.

Pero a todos les decía yo que no.

Y yo sólo me paseaba en ella.

Mamá me llamaba corriendo y dando gritos para que fuera a comer.

Pero yo ni caso le hacía y seguía paseándome en la bicicleta: calle arriba, hacia la loma colorada. Calle de la loma colorada Hacia abajo. Y algunas veces me botaba de guapo y me iba hasta la carretera y todo. A la verdad que no me explico cómo es que ño me han arrollado en esta bicicleta. Mírenme aquí, paseándome en ella y las máquinas pasándome casi a rente. Muchacho. Muchacho. En un tiempo yo no pensaba en otra cosa que en poder tener una bicicleta.

Y la tuve.

Mi madre no sé cómo se las arregló para juntar el dinero y comprarla. Y yo no sé lo que sentí cuando vi la bicicleta. Y me dijeron móntala. No sé ni siquiera lo que sentí. Me paseó en ella por sobre el techo de la casa. Y algunas veces más arriba del techo. En un tiempo ese pedazo de goma con dos o tres rayos era una bicicleta. Y yo cruzaba por el borde del puente de madera vieja que hacía chirr, chirr cada vez que alguien pasaba por él. Y yo cruzaba por sobre el puente y casi tocaba el vacío. Y nunca me caía. Y

nunca... Y hubo veces en que me paseaba por el parque Calixto García. Por el centro del parque sin poner los pies en los pedales ni nada. Voy por el centro del parque sacándole la lengua a Calixto García y con los pies en los manubrios. Miren, miren. Eso solo yo lo sé hacer. Miren, miren. En un tiempo. En un tiempo... La muerte está ahí en el patio jugando con el aro mojoso de mi bicicleta. Digo, de lo que era mi bicicleta. Está ahí afuera día y noche sin salir del patio y sin descansar ni un momento. Coge el aro, lo echa a rodar y con un palo lo va impulsando. Y el día y la noche y lo que no es ni el día ni la noche lo pasa la muerte con el palo y el aro: dándole vueltas al patio. Dándole vueltas al patio. La primera que la vio fue mi abuela. No sé cuándo. Salió una noche para ir al baño, pues ella es de las que se pasan la noche con pujidos. Salió. Dio un grito. Entró y se tiró de rodillas delante del fogón. Yo, que por entonces me había dado por cazar murciélagos con un mosquitero, oí el grito desde la cumblera, pues por allá andaba encaramado persiguiendo a un murciélago para enseñarle a fumar. Oí el grito y sin saber por qué era supe por qué era. Porque tenía que ser lo que era para que mi abuela gritara de esa forma. Porque a esas alturas qué cosa podía importarle a ella fuera de la muerte. Entonces todos dejaron el sueño o lo que estaban haciendo y vinieron hasta el fogón para ver qué le pasaba a mi abuela. Y ella dijo: ahí, ahí. Y apuntó para el patio. El segundo que la vio fue mi abuelo; Se asomó a la puerta del patio. Sacó su cabeza pelada como la de un aura y la volvió a meter sin decir ni media palabra. Después se fue para la sala y puso el radio. Pero el radio no habló porque era de madrugada y no había estaciones andando. Mi madre, Adolfina y Digna se asomaron al mismo tiempo. Y enseguida que la vieron empezaron a bailar. A bailar. A bailar. Y todavía están bailando... Muchacho, muchacho: te vas a desbocar en esa bicicleta... Mis primos, Tico y Anisia, también la vieron. Y la llamaron. Pero ella parece que no les hizo caso pues si-

guió con el aro de la bicicleta: ronda que ronda, ronda que ronda, por todo el patio. Yo, desde el techo de la casa, la miraba y la miraba. Y olvidándome de los murciélagos cogí el mosquitero y se lo tiré a la muerte.

El mosquitero le cayó encima y se le enredó entre los brazos y la cabeza. Y por un momento el aro de la bicicleta salió rodando sin que ella lo pudiera controlar con el palo. El aro vino rodando casi hasta la misma puerta de la cocina mientras ella forcejeaba con el mosquitero. Hasta que al fin pudo desembrollarse. Entonces, muy despacio, caminó echando mil chispas hasta la puerta. Y cogió el aro. Y siguió dándole vueltas y más vueltas. Muchacho, muchacho... El viejo está sentado en el balance y la vieja se ha tirado de rodillas en la sala. El viejo la mira y la vieja reza. Tico y Anisia se sueltan y empiezan a hacer adivinanzas: dime en qué estoy pensando ahora, dime qué cosa pienso. El viejo no habla porque no le da la real gana. Por qué no habla el viejo. Por qué no habla abuelo. Dime en qué cosa pienso. En una jicotea con ocho patas. Acertaste algo, pero no todo: con ocho patas y un diente de oro.

Acertaste algo, pero no: todo.

Con ocho patas, un diente de oro y un narigón en el rabo. El viejo se ha quedado dormido. La vieja se aburre de rezar y se acuesta. No acertaste, no acertaste: pensaba en una jicotea con ocho patas, un diente de oro, un narigón en el rabo y una estaca clavada en mitad del carapacho. Qué barbaridad, es que tú piensas cada cosa. A ver, ahora te toca adivinara ti, Adolfina entra en el baño y tranca la puerta. En el baño está la botella de alcohol. Adolfina, que no se olvida de nada, lleva los fósforos bajo las tetas. Yo ya no sé qué hacer con mi vida. Yo si que ya no sé qué hacer con mi vida. Querido hijo, son mis deseos al recibo: de esta carta te encuentres bien. Adolfina se quita la ropa y se mete en la bañera. Adolfina se mira en el espejo y grita. Y no grita. Y grita. Qué se puede esperar de una familia de isleños. Qué se puede esperar de quien vive entre las bes-

tias. Nada, nada se puede esperar. Todo, todo se puede esperar. Adolfina empieza a bailar desnuda en la bañadera. Qué ves. Qué ves. Veo a una araña ahogándose dentro de una bañadera seca. No seas bobo, dime la verdad, ¿qué ves? Veo a una bruja jugando con una araña dentro de la bañadera. Guanajo, siempre me estás diciendo mentiras. Salgo hoy más temprano que nunca para el jial. Misael desnudo debajo de una mata de jia, me espera.

Misael desnudo.

Misael desnudo.

Misael desnudo.

Dios mío. Hijo de la Gran Puta. Dios mío. Dios. No creo en ti, pero me burlo de ti. Si existes, por qué no te acercas. Acércate, cabrón, para partirme la cara de una sola trompada. Salgo temprano en la bicicleta y lo primero que me pasa es que se me enreda un pie en la cadena y me destarro contra un fanguero, Acércate, para caerte a palos, Dios. Como es tanta el hambre, ya empezamos a comer nos unos a los otros. La muerte sigue con el aro y a mí me parece que algunas veces lo deja rodar demasiado cerca de la puerta donde estamos nosotros, imaginándola. Y mientras tanto yo intento irme de la casa, pues ya no aguanto más vivir con estas mujeres y un viejo mudo por su real gana. Y mientras tanto, la muerte sigue con el aro. Da vueltas y mas vueltas. Y mientras tanto, mi madre arregla los papeles después de mil años dando viajes a uno y a otro consulado y al fin puede irse para Nueva York. A trabajar como una burra.

A morirme de frío y soledad.

A limpiarle el culo a muchachos llorones.

A vivir como las bestias.

A ganar dinero.

A criar muchachos que no son míos para que el mío no se muera de hambre.

A.

A.

A.

La luna es terrible. Se cuelga por la ventana y me cae a trompadas. A mí no me puede dar la luna porque me vuelvo loco. Mi madre sabe que yo me vuelvo loco cuando me da la luna. Pero no se atreve a cerrar la ventana porque si la cierra ve a la muerte, jugando con el aro en mitad del patio. La ve, la ve. Ahora nadie se atreve a salir de la casa. Ni siquiera a mirar por una ventana. Nos morimos de miedo aquí dentro, encerrados, sin atrevemos a mirar para afuera por miedo a ver a la muerte. Yo, que ya no puedo aguantar más esa luna enorme me paro en la cama, y trato de correr las persianas. Siento, a la verdad, un miedo terrible, y aunque me digo no voy a abrir los ojos, no voy a abrir los ojos, los abro.

Y la veo a ella, brillando bajo la luna, detrás de la ventana. La muerte, muerta de risa, me hace murumacas detrás de las persianas. Yo corro y me emburujo a más no poder con todas las sábanas. Pero es por gusto: sigo viendo a la muerte muerta de risa haciéndome murumacas y más murumacas. La luna sigue colándose por entre las persianas. Tarde o temprano tendré que empezar a dar maullidos. Tarde o temprano tendré que salir a la calle dando gritos. Tarde o temprano tendré que degollarme. Qué se puede esperar, qué se puede esperar de quien vive entre las bestias. Todo, dijeron. Nada, dijeron. Estoy frente a la casa con los dos muchachos en brazos y el jolongo de ropa en la cabeza y quisiera que la tierra, me tragara.

Estoy dejada.

Y ya más nunca volveré a disfrutar en la cama con un hombre.

Y ya más nunca.

Tierra: ábrete y trágame.

Tierra: ábrete y trágame. Tierra: ábrete y trágame... Díme qué estoy viendo ahora. A una viejita muy vieja jugando en el patio con el aro de la bicicleta de Fortunato. Adi-

vinaste, adivinaste, casi... Ahora me toca a mí. Tico y Anisia hacen pedazos todos los platos. Mi hija, muerta es como un plato hecho pedazos. Yo trato de recoger los pedacitos y volver a formar el plato. Pero son tantos... recojo un pedazo y se me caen diez,

y así y

así

y así y

así. Mi hija muerta. Yo tengo una hija muerta. Ah, qué felicidad: yo tengo una hija muerta. ¿No es curioso que a pesar de que esté muerta pueda seguir diciendo «tengo»? Ah, qué felicidad. Yo sí puedo decir esta es mi desgracia. Yo sí puedo exhibirla. Yo sí puedo disfrutarla. Ah. Tico y Anisia. Qué será de Tico y Anisia. La fábrica cierra; yo, que me buscaba una que otra peseta en ella. La fábrica abre; el ruido de la fábrica nos vuelve locos. El ruido y la peste terrible de las guayabas podridas. Pero menos mal que tenemos esa fabrica en el barrio. Aquí, en el patio de nuestra casa. Porque si no, de qué íbamos a vivir. La fábrica de Tomasico es «la vida del barrio». Yo salgo en la bicicleta y los muchachos dicen préstanosla. Y yo digo no. Y ellos quieren de todos modos que yo se la preste. Y yo no quiero de ningún modo prestársela, y salgo a millón, dándole a los pedales. Dándole a los pedales. Dándole a. Los muchachos me caen a pedradas. Pero ninguna de las piedras me abre la cabeza. Mi cabeza es más dura que la de un alcornoque, dice mi abuela. Y aunque yo no sé lo que es un alcornoque, creo que mi abuela tiene razón. Las piedras caen sobre mi cabeza.

Y rechocan. Y salen huyendo. En la bicicleta, me pierdo por toda la carretera. Las máquinas pasan pitando muy cerca y los chóferes me dicen verraco coge la derecha, coge la derecha. A mí qué coño, yo no sé cuál es la derecha, ni qué cosa es eso de cogerla. Las guaguas me pasan y hacen fuzzi y dejan una ventolera que casi me tira a la cuneta. Coge la derecha. Coge la derecha. Cabrón, me voy a

desgraciar por tu culpa... Cualquier día apareces muerto en la carretera, me dijo mi abuela. Cualquier día... Y yo salí corriendo para la carretera. Mi madre antes de irse me dijo. No te preocupes, que yo te voy a reclamar en cuanto pueda.

Mi madre... Yo nunca he visto el mar y quiero verlo. Parece mentira, con lo cerca que está Gibara de donde yo vivo y que yo nunca haya visto el mar. Pero eso no es nada porque yo soy joven y puedo verlo algún día. Lo triste es mi tía Emérita la odiada, que horita cumple cincuenta años y todavía no lo ha visto. Los otros días llegó mi tía Emérita, la odiada, llorando hasta mi casa, o mejor dicho, a la casa del abuelo, que por cierto ella nunca visita, y llorando siguió recostada al tinajero. Y así pasaban las horas. Qué gritos. Y cuando por fin mi abuela le preguntó que por qué lloraba, ella, la odiada, dijo: usted sabe lo que es que horita me muero de vieja y todavía no he visto el mar. El aro gira, gira y gira. Y la luna baja furiosa hasta el techo y me vuelve a golpear. Las palomas alzan el vuelo y yo sé que ya nunca han de volver.

Ahora debo dedicarme a otra cosa.

Ya sé: fabricaré vinos, me pondré a fabricar vinos, y me esconderé en el baño todos los días con cuatro o cinco botellas. El aro centellea, brilla: algunas veces parece que llora. Ahí está tu hija dejada y con dos muchachos a cuestas. Sal y mata a ese sinvergüenza. Sal, y al menos mávalo. Sal, so gallina. Sal. Las botellas llenas de vino podrido estallan debajo de la cama y las cucarachas borrachas empiezan a subirse al bastidor. Es terrible esto de saberse preso en un sitio donde nada se resuelve con abrir una puerta y salir a la calle. Es terrible. Abuela llora y dice: si yo creía que estaba dormido. Si yo creía que estaba, dormido.

Es terrible.

Despacio voy arrastrándome por el piso hasta llegar a la cama donde los viejos hacen cochinas. Allí está la cajita del dinero. Despacio me cuelo debajo de la cama y empiezo a meterme pesetas en los bolsillos. Mientras los viejos desfallecen entre estertores encima de la cama, yo debajo los saqueo. Mientras dejen la cajita del dinero aquí, yo no tendré problemas. El baño se ilumina. El baño ha cogido candela. La bola de candela, sale del baño. Ay, ay, dice la bola de candela. Querido hijo, querido hijo, querido hijo, querido hijo.

Queridijo.

Las cosas se ponen cada día peor. Las ventas en la venduta cada día son menos. La cosa cada día peor.

Mi hija

ya no me escribe. Mi hija ya no se acuerda de mí. Ay, padres, padres: críen hijos para que le saquen los ojos. Y, padres... Y esto es la vida. Hola don Polo. Cómo está. Pensando. Ya lo veo. Ay, Polo, la vida... Ahora siempre es de noche. Mi abuelo no habla y la fábrica está cerrada.

Nos morimos de hambre.

La abuela reza y se caga en Tico, en los santos y algunas veces en Dios, pero luego le pide perdón. A Digna nos la comimos ayer, pero hoy es hoy y no antier... Pero yo soy joven y a lo mejor algún día veo el mar. Coge la derecha, el mar. Coge la derecha, el mar. Coge la derecha, el mar. Si corro derecho, llegaré al mar. Si sigo por aquí, llegaré al mar. Llegaré al mar por cualquier camino que coja. El mar. Coge la derecha, zoquete. Y yo voy a llegar. A lo que no me adivinas en lo que estoy pensando. En una yegua vestida de blanco. El mar. Acertaste casi, pero no era de blanco, sino de lila. Mentira, lo que pasa es que tú cambias las cosas en cuanto yo las acierto. Mientras sudo, toso y espanto a los mosquitos, escribo. Mientras toso y toso, mientras sudo y sudo y palmeteo en el aire, escribo. No sé cómo me he hecho de una máquina de escribir y ya le he acabado al viejo todas las resmas de papel de la venduta.

El viejo no dice nada porque no habla. Pero está que trina. Y abuela me quiere matar de la rabia que le da ver que el viejo tenga que despacharle la mercancía en la mano a la gente. Mientras la vieja me pelea yo escribo y escribo. Y no duermo. Y no como. Hasta que al fin se me quitan los deseos de escribir y tiro todas las resmas de papel en la fosa del baño. La vieja me ve y cae con un ataque. Tico y Anisia juegan a no tocar tierra. El viejo no habla. Querido hijo. Adolfinina se pega candela: La vida es dura.

¡Alpargatas! A mí que me den alpargatas. Un par de alpargatas. Por ahí comienzan los estímulos. Culo. Culo. Voy a salir desnudo a la calle. Dios te salve María llena eres de gracia. A que no te atreves a pararte en la puerta de la calle y decir cojones. A que no te atreves. A que no te atreves. ¡Cojones! ¡Cojones! Qué barbaridad: se atrevió. Ahora se lo llevarán preso. Para mí que este muchacho no está bien de la cabeza, ahora le ha dado por freír babosas y comérselas con pan. ¡Qué asco...! Ahora siempre es de noche y Digna canta en el portal sin abrir la boca. Pobre Digna: sola y con dos muchachos. Pobres muchachos. Pobre Adolfinina. Pobre abuela. Digo, pobre abuelo. Digo, pobre mamá. Digo, pobre yo. En fin: pobre Digna.

La vendita cierra pues la fábrica cierra y ahora no hay quien disponga ni de un quilo partido por la mitad. La vendita quiebra. El viejo trata de ahorcarse sin obtener ningún éxito. La vieja deja de creer en Dios y le reza a la vitrina. Al fin he visto el mar. No es una gran cosa. No es lo que yo hubiera querido que fuera y lo que para mí era. Agua y más agua. Ojalá no lo hubiera visto nunca. El mar... Adolfinina en el baño. Y mi madre escribiéndome y escribiéndome.

Y escribiéndome.

Horita Tico y Anisia se hacen hombres. La vendita quiebra. Yo me aburro. Creo que lo mejor que hago es alzarme. Hay gente alzada. Hay gente alzada por dondequiera. El pueblo se ha quedado oscuro. La vendita quie-

bra. Querido hijo, no te metas en nada. La muerte juega y rejuega en el patio con el aro. La muerte se pasa ahora la vida ahí, en el patio. Esther, Esther. ¿Y Celia? Ahí, conversando con los ángeles y los demonios. Mi prima Esther y mi tía Celia. Esta noche he visto a Esther conversando con la muerte en mitad del patio. Esta noche, al levantarme para cerrar otra vez la ventana, he visto a Esther conversando con la muerte y proponiéndole sabrá Dios qué cosa. La muerte subía y bajaba la cabeza como diciendo sí, sí. Y Esther al fin empezó a bailar. La muerte la miró, rápido, y luego se quedó con la cabeza muy baja. Esther siguió bailando y se perdió más arriba del techo. Esther es mi prima Esther. Yo tengo una prima muerta que se llama Esther. Celia lloraba muy bajo, y al fin cerró la puerta de la cocina y se fue para el portal y empezó a conversar con los demonios y con los

ángeles

y con los duendes

y con las bestias. Yo me alzo.

Hace un calor terrible. Terrible. Siempre hace un calor terrible. Ya estoy hasta la coronilla. Qué barbaridad, qué barbaridad. Las guaguas pasan como centellas. Ya no puedo más. Paka paka paka pakapakapakakkkkka. La vieja grita mientras le reza a la vitrina. Querido hijo. Yo me alzo. Yo ya estoy hasta la coronilla. Verraco. Verraco. Verraco. Verraco.

Yo me alzo. Hay rebeldes por todas partes. El pueblo está a oscuras. Hasta. El Repello de Eufrasia está cerrado. Las putas se han ido para el monte o para otros lugares. Yo me alzo. Ni siquiera siento deseos de hacerme la paja. Me voy con los rebeldes. Ah, pero no traes armas, entonces para qué. Tienes que traer un arma. Y larga. Larga. Kakakakak ka ka, ka. En esta casa nadie se atreve a salir por miedo a tropezarse con la muerte en mitad del patio, y mientras tanto nos vamos muriendo aquí adentro. Y la muerte afuera como si tal cosa. Pero yo he de salir, pero yo